

EL PENSAMIENTO PEDAGÓGICO BRASILEÑO

El pensamiento pedagógico brasileño empieza a tener autonomía a partir del desarrollo de las teorías de la Escuela Nueva. Casi hasta el final del siglo XIX, nuestro pensamiento pedagógico reproducía el pensamiento religioso medieval. Gracias al pensamiento ilustrado traído de Europa por intelectuales y estudiantes de formación laica, positivista, liberal, la teoría de la educación brasileña pudo dar algunos pasos, aunque tímidos. La creación de la Asociación Brasileña de Educación (ABE), en 1924, fue fruto del proyecto liberal de la educación que tenía, entre otros componentes, un *gran optimismo pedagógico*: reconstruir la sociedad a través de la educación.

Las reformas importantes, realizadas por intelectuales en la década de los años veinte, impulsaron el debate educacional, superando gradualmente a la educación *jesuita tradicional, conservadora*, que dominaba el pensamiento pedagógico brasileño desde los orígenes. El dominio de los jesuitas había sufrido un retroceso sólo durante un corto espacio de tiempo, entre 1759 y 1772. El oscurantismo portugués sobre la colonia era tal que, en 1720, la metrópoli prohibió la prensa en todo Brasil, con el propósito de mantenerlo aislado de influencias externas.

Los jesuitas nos legaron una enseñanza de carácter verbalista, retórico, libresco, memorista y repetitivo, que estimulaba la competencia a través de premios y castigos. Discriminadores y llenos de prejuicios, los jesuitas se dedicaron a la formación de las élites coloniales y difundieron entre las clases populares la religión del servilismo, de la dependencia o del paternalismo, características acentuadas de nuestra cultura hasta la fecha. Era una educación que reproducía una sociedad perversa, dividida entre analfabetas y sabihondos, los "doctores".

Un balance de la educación hasta el final del Imperio está en dos brillantes y eruditos dictámenes de Rui Barbosa (1849-1923): el primero sobre la enseñanza secundaria y superior y el segundo sobre la enseñanza primaria, presentados al Parlamento, en 1882 y

1883, respectivamente. En ellos Rui Barbosa predica la libertad de la enseñanza, el laicismo de la escuela pública y la instrucción obligatoria. La reforma sugerida por Rui Barbosa se inspiraba en los sistemas educacionales de Inglaterra, de Alemania y de Estados Unidos. El balance mostraba nuestro atraso educacional, la fragmentación de la enseñanza y el desprecio por la educación popular, que predominaron hasta el Imperio. La República prometía tomar en serio la cuestión educativa. En 1890, los republicanos crearon el Ministerio de la Instrucción junto con los Correos y Telégrafos. En 1931, el Ministerio de Justicia sería asociado a la Salud Pública.

La educación también fue de interés constante para el movimiento anarquista en Brasil, al inicio de este siglo. Para los anarquistas, la educación no era el único ni el principal agente desencadenador del proceso revolucionario. Pero, si no sucedieran cambios profundos en la mentalidad de las personas (en gran parte promovidos por la educación), la deseada revolución social jamás tendría éxito.

Esta postura de los anarquistas en relación con la educación derivaba del principio de la libertad: los libertarios estaban contra la opresión y la coerción.

El movimiento anarquista en Brasil estaba profundamente influido por el movimiento anarquista europeo por medio de libros, revistas y periódicos. Esa influencia se percibe claramente cuando se comparan dos iniciativas educacionales promovidas en São Paulo: la Escuela Libertaria Germinal, que no siguió adelante, y la Escuela Moderna (destinada a la educación de niños de la clase obrera), inspirada en la obra de Francisco Ferrer.

La enseñanza libertaria impartida por las escuelas modernas se encerró por lo menos en la capital de São Paulo y en San Cayetano, en 1919. Aquel año fue marcado por fuertes tensiones entre los anarquistas y las autoridades, especialmente porque circulaban informaciones de que en Río de Janeiro se estaba urdiendo una conspiración, en la que participaban los anarquistas, para derrocar al gobierno.

Sin embargo, desde 1915 ya se venía configurando un cuadro muy poco favorable para la supervivencia de la enseñanza racionalista tal como había sido propuesta por Ferrer. El recrudecimiento del nacionalismo y la consecuente decisión del gobierno de imprimir nuevas directrices en el campo de la educación, fueron otros factores que contribuyeron para el cierre de la más avanzada experiencia libertaria de la esfera educacional.

El *pensamiento pedagógico libertario* tuvo como principal difusora a la educadora María Lacerda de Moura (1887-1944), combatiendo principalmente el analfabetismo.

En *Lecciones de pedagogía I* (1925), María Lacerda de Moura propuso una educación que incluyera educación física, educación de los sentidos y el estudio del crecimiento físico. Apoyándose en Binet, Claparède y Montessori, afirmaba que, además de las nociones de cálculo, lectura, lengua nacional e historia, sería necesario estimular asociaciones y despertar la vida interior del niño para que hubiera una autoeducación. Decía que era necesario declarar la guerra al analfabetismo, pero también a la supuesta ignorancia, al orgullo tonto, a la vanidad vulgar, a la pretensión, a la ambición, al egoísmo, a la intolerancia, al sectarismo absorbente, a los prejuicios, en suma: guerra a la mediocridad, a la vulgaridad y a la prepotencia certificada por la autoridad del título y del bachillerato incompetente.

En 1930, la burguesía urbano-industrial llega al poder y presenta un nuevo proyecto educativo. La educación, principalmente la educación pública, pasó a ocupar un espacio en las preocupaciones del poder.

El *Manifiesto de los pioneros de la educación nueva*, firmado por 27 educadores en 1932, sería el primer gran resultado político y doctrinario de diez años de lucha de la ABE a favor de un *Plan Nacional de Educación*.

Otro gran acontecimiento de la década de los años treinta para la teoría educacional fue la fundación, en 1938, del Instituto Nacional de Estudios Pedagógicos (INEP), realizando un antiguo sueño de Benjamín Constant que en 1890 había creado el *Pedagogium*. En 1944 el INEP inicia la publicación de la *Revista Brasileira de Estudos Pedagógicos*, que se constituye, desde entonces, en un valioso testimonio de la historia de la educación en Brasil, fuente de información y formación para los educadores brasileños hasta la actualidad.

Los grandes teóricos de ese período fueron, sin duda, Fernando de Azevedo (1894-1974), Lourenço Filho (1897-1970), Anísio Spínola Teixeira (1900-1971), Roque Spencer Maciel de Barros (1927).

El pensamiento pedagógico liberal tuvo grandes contribuciones en Brasil. Entre ellas las de Roque Spencer Maciel de Barros, João Eduardo R. Villalobos, Antonio de Almeida Junior, Laerte Ramos de Carvalho (1922-1972), Moysés Brejon (1923) y Paul Eugène Charbonneau (1925-1987).

Los *católicos* y los *liberales* representan grupos diferentes, corrientes históricas opuestas, pero no antagónicas. Los primeros deseaban imprimir a la educación un contenido espiritual y los segundos, un cuño más democrático. Sin embargo, los dos grupos tenían puntos en común. Representaban apenas facciones de la clase dominante y por consiguiente no cuestionaban el sistema económico que daba origen a los privilegios y a la falta de una escuela para el pueblo. El cambio pregonado por los dos grupos estaba centrado más en los métodos que en el sentido de la educación. El análisis de la sociedad de clases con pocas excepciones estaba ausente de la reflexión de los dos grupos. Sólo el *pensamiento pedagógico progresista*, a partir de las reflexiones de Paschoal Lemme, Álvaro Vieira Pinto y Paulo Freire, coloca la cuestión de la transformación radical de la sociedad y el papel de la educación en esa transformación.

En 1948, el ministro Clemente Mariani envió al Congreso un proyecto de ley de *Directrices y Bases de la Educación Nacional*, que sólo sería aprobado después de muchas disputas y modificaciones, en 1961, constituyéndose en la primera ley general de la educación brasileña vigente hasta la Constitución en 1988.

Después de la dictadura de Getúlio Vargas (1937-1945), se abre un período de redemocratización en el país que es interrumpido brutalmente con el golpe militar de 1964. En ese breve lapso, en que se respetaron las libertades democráticas, el movimiento educacional tomó un nuevo impulso, distinguiéndose por dos grandes movimientos: el *movimiento por una educación popular* y el *movimiento en defensa de la educación pública*, el primero predominante en el sector de la educación informal y en la educación de jóvenes y adultos, y el segundo más concentrado en la educación escolar formal. El primero tuvo su esplendor en 1958, con el segundo Congreso Nacional de Educación de Adultos y al inicio de 1964 con la Campaña Nacional de Educación de Adultos, dirigida por Paulo Freire, defendiendo una concepción libertadora de la educación. El segundo tuvo un momento importante con los debates en torno de la Ley de Directrices y Bases (LDB), principalmente en 1960 con la realización, en São Paulo, de la primera Convención Estatal de Defensa de la Escuela Pública y de la Convención Obrera en Defensa de la Escuela Pública.

Pero encarar esos dos movimientos como antagónicos sería una equivocación, ya que en ambos existen posiciones conservadoras y progresistas. Lo ideal sería unir a los defensores de la educación popular que se encuentran en los dos movimientos: aquellos que

defienden una escuela con una nueva función social, formando la solidaridad de clase y luchando por un Sistema Nacional Unificado de Educación Pública.

Esa unidad pasó a ser más concreta a partir de 1988, con el movimiento de la *educación pública popular*, sustentado por los partidos políticos más involucrados en la lucha por la educación del pueblo. Ese nuevo movimiento cree que sólo el Estado puede informar sobre nuestro atraso educacional, pero sin eximir de compromiso a la sociedad organizada. Preconiza una reorganización político-administrativa basada en un proyecto ético-político-progresista, a partir de la participación activa y deliberativa de la sociedad civil.

La mayor contribución de Paulo Freire se dio en el campo de la alfabetización de jóvenes y adultos, pero su teoría pedagógica incluye muchos otros aspectos, como la *investigación participante* y los métodos para enseñar. Su método de formación de la conciencia crítica pasa por tres etapas que esquemáticamente pueden ser descritas así: a) *etapa de la investigación*, donde se descubre el universo de vocablos, las palabras y temas generadores de la vida cotidiana de los que se alfabetizan; b) *etapa de tematización*, en la que se codifican y decodifican los temas propuestos en la fase anterior de toma de conciencia, contextualizándolos y sustituyendo la primera visión mágica por una visión crítica y social; c) *etapa de problematización*, en la que se descubren los límites, las posibilidades y los retos de las situaciones existenciales concretas, para desembocar en la praxis transformadora. El objetivo final del método es la conscientización. Su pedagogía es una pedagogía para la liberación en la cual el educador tiene un papel directivo importante, pero no es "bancario", es problematizador, es al mismo tiempo educador y educando, es coherente con su práctica, es pacientemente impaciente pero también se puede indignar y gritar frente a la injusticia.

En el pensamiento pedagógico contemporáneo, Paulo Freire se sitúa entre los pedagogos humanistas y críticos que dieron una contribución decisiva a la concepción dialéctica de la educación. No se cansa de repetir que la historia es posibilidad y el problema que se presenta al educador y a todos los hombres es saber qué hacer con ella.

Carlos Rodrigues Brandão (1940), autor de *Saber y enseñar* (1984), antropólogo, educador popular, siguiendo el modelo de Paulo Freire desarrolló el concepto de educación popular y de investigación participante distinguiendo claramente las diferentes "educaciones".

En la defensa de la *escuela pública* popular se destacan los sociólogos Florestan Fernandes (1920) y Luiz Pereira, y los educadores Luiz Eduardo Wanderley, autor de *Educación para transformar* (1984), Sílvia Maria Manfredi, Miguel Gonzales Arroyo, José Eustáquio Romão, Ana Maria Saul, autora de *Evaluación emancipadora* (1988), y Celso de Rui Beisiegel, autor de *Estado y educación popular* (1974).

Florestan Fernandes enseñó en la Facultad de Ciencias Sociales de la USP¹ hasta 1969, cuando fue jubilado forzosamente por el régimen militar. También fue profesor de la PUC² de São Paulo.

Su influencia se extiende por todo el medio intelectual brasileño y se divulga por América Latina y el Caribe. Las controversias sobre su pensamiento también reflejan su influencia. Su sociología creó un nuevo estilo de pensar la realidad social, por medio del cual se hace posible reinterpretar la sociedad y la historia, así como la sociología anterior producida en Brasil. Hay dimensiones de la historia de la sociedad que solamente se revelan cuando se descubre el estilo de pensar. En cierta medida, el estilo de pensar la realidad social puede ser un modo de iniciar su transformación ("saber militante").

Histórico defensor de la escuela pública, combatió en la década de los años cincuenta e inicio de los sesenta contra los conservadores que querían imprimir un cuño privatista a la Ley de Directrices y Bases de la Educación Nacional. Como miembro de la Subcomisión de la Educación en la Asamblea Nacional Constituyente (1987-1988) tuvo un papel destacado.

Florestan Fernandes escribió numerosas obras, entre ellas: *Educación y sociedad en Brasil* (1966), *La universidad: ¿reforma o revolución?* (1969) y *El reto educacional* (1989).

A su vez Luiz Pereira (1933-1985) fue un educador crítico del pensamiento pedagógico brasileño. Fue profesor del Departamento de Sociología de la USP. Para él, la solución de los problemas enfrentados dentro de la escuela depende de la solución de los problemas externos a ella, que involucran aspectos económicos y sociales. Criticó a la mayoría de los pedagogos que no consideraban esos aspectos extraescolares y que creían que la escuela, por sí sola, transformaría a la sociedad. Es autor de *La escuela en un área metropolitana y Apuntes sobre el capitalismo*.

¹ USP: Universidad de São Paulo. [T.]

² PUC: Pontificia Universidad Católica. [T.]

La *concepción democrática* de la educación ha recibido, en Brasil y en América Latina, la contribución expresiva de Beno Sander, Pedro Demo y Walter García.

Rubem Alves también merece ser mencionado como un educador de gran influencia sobre los jóvenes educadores brasileños. Reflexionó sobre el valor progresista de la alegría, sobre la necesidad de que el educador se descubra como un ser vivo, amoroso, creativo. Las principales categorías de su teoría pedagógica son el placer, el habla, el cuerpo, el lenguaje, el despertar y el actuar.

Entre los que defienden una concepción fenomenológica de la educación destacamos a Joel Martins, Ivani Catarina Arantes Fazenda, João Francisco Régis de Morais, autor de *Cultura brasileira y educación* (1989), y Antonio Muniz de Rezende.

Antonio Muniz de Rezende (1928) fue profesor del programa de posgraduación en Filosofía de la Educación de la Unicamp³ y director de la Facultad de Educación. Entre otras obras escribió *Concepción fenomenológica de la educación* (1990). Para él la educación es esencialmente *fenómeno* y *discurso*. Como fenómeno (que significa “mostrarse”, “aparecer”, “descubrirse”) la educación es un proceso permanente de perfeccionamiento humano. La concepción fenomenológica valoriza la categoría del discurso en la educación porque es a través de él como la educación se muestra, verdadera o falsa. De ahí que se valora la noción de “texto” en el trabajo pedagógico. Dentro de una concepción *fenomenológico-dialéctica*, debemos destacar también la gran contribución de Antonio Joaquim Severino, autor de *Educación, ideología y contraideología* (1986) y *Filosofía* (1992).

La *crítica de la escuela capitalista en Brasil* fue desarrollada especialmente por Maurício Tragtenberg, Marilena Chaui, Bárbara Freitag y Luís Antonio Cunha, este último con una gran producción en la investigación histórica de la educación. Otra investigadora, sobre todo en el área de educación de adultos y educación permanente, es Vanilda Pereira Paiva.

En ese período se destacaron dos educadores por desarrollar proyectos de gran impacto: Darcy Ribeiro, que creó la Universidad de Brasilia en 1961, y entre 1982 y 1986 desarrolló el ambicioso proyecto de los CIEP (Centros Integrados de Educación Pública) en el estado de Río de Janeiro. El otro educador fue Lauro de Oliveira Lima, que en la década de los sesenta difundió las prácticas de la

³ Unicamp: Universidad de Campinas (São Paulo). [T.]

dinámica de grupo en las escuelas y posteriormente desarrolló las teorías piagetianas de la socialización y de la inteligencia del niño en una escuela experimental.

Científico social, político y antropólogo, Darcy Ribeiro, en su libro *Nuestra escuela es una calamidad* (1984), analizó la enseñanza pública brasileña y, en particular, las escuelas de Río de Janeiro. En él el autor propuso la desaparición del tercer turno, el perfeccionamiento del magisterio, la implantación de escuelas integradas. Para ello sería necesario: permanecer más tiempo en la escuela, disponer de profesores competentes, encontrar recursos y orientación que la mayoría de los niños pobres no encuentra en casa. Esas metas fueron concretizadas con la creación de los CIEP en Río de Janeiro, entre 1983 y 1986. En la perspectiva de Darcy Ribeiro es notable la contribución de José Mário Pires Azanha, autor de *Educación: algunos escritos* (1987), siguiendo el modelo de los grandes educadores como Fernando de Azevedo y Anísio Teixeira.

El análisis de la práctica educativa y de la formación del educador encuentra en las obras de Ezequiel Theodoro da Silva y de Selma Garrido Pimenta una preocupación particular.

Al nivel de la teoría educacional, en ese período se destacó también el profesor de filosofía de la educación Dermeval Saviani, que orientó y formó en cursos de posgrado a un grupo de cuadros que, aunque con orientaciones variadas, conservó mucho de su pensamiento, entre ellos Neidson Rodrigues, Guiomar Namó de Mello, Carlos Roberto Jamil Cury, Gaudêncio Frigotto, Miriam Jorge Warde, José Carlos Libâneo y Paulo Ghiraldelli, Jr.

Al inicio de la década de los años noventa, el discurso pedagógico fue enriquecido por la discusión de la *educación como cultura*. Temas como diversidad cultural, diferencias étnicas y de género (mujer y educación) empezaron a ganar espacio en el pensamiento pedagógico brasileño y universal. En ese sentido, una obra como la de Alfredo Bosi (1936), coordinador del área de educación del Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de São Paulo, *Dialéctica de la colonización* (1992), aporta una gran contribución.

A título de síntesis, podríamos decir que el pensamiento pedagógico brasileño ha sido definido por dos tendencias generales: la *liberal* y la *progresista*.

En las dos partes que siguen de este libro, los representantes más significativos de la pedagogía brasileña fueron agrupados en esas dos tendencias o perspectivas, no siempre antagónicas o excluyentes.

Los educadores y teóricos de la educación liberal defienden la libertad de enseñanza, de pensamiento y de investigación, los nuevos métodos basados en la naturaleza del niño. Según ellos, el Estado debe intervenir lo menos posible en la vida de cada ciudadano particular. Los católicos también pueden ser incluidos en el pensamiento liberal, aunque existan algunos más conservadores como el padre Leonel Franca. En esas tendencias existen defensores de la escuela pública y defensores de la escuela privada. Pero tienen en común una filosofía del consenso, es decir, no reconocen en el seno de la sociedad el conflicto de clases y restringen el papel de la escuela a lo estrictamente pedagógico.

Los educadores y teóricos de la *educación progresista* defienden la inclusión de la escuela en la formación de un ciudadano crítico y participante del cambio social. También aquí según las diversas posiciones políticas y filosóficas, encontramos corrientes que defienden diferentes papeles para la escuela: para unos la formación de la conciencia crítica pasa por la asimilación del saber elaborado; para otros el saber técnico-científico debe tener por horizonte el compromiso político. Unos combaten más la burocracia escolar y otros el deterioro de la educación escolar. Unos defienden más la dirección escolar y otros la autogestión pedagógica. Unos defienden mayor autonomía de cada escuela y otros mayor intervención del Estado.

El pensamiento pedagógico brasileño es muy rico y está en movimiento, e intentar reducirlo a esquemas cerrados sería una forma de esconder esa riqueza y esa dinámica.